





Gino Rubert

PALIMPSESTVS  
PALIMPSESTO

Director  
Santiago Mutis D.

Comité Editorial  
DECANO  
Carlos Miguel Ortiz  
VICEDECANO ACADÉMICO  
Ovidio Delgado Mahecha  
VICEDECANO DE BIENESTAR  
Alberto Abouchaar Velásquez  
SECRETARIA ACADÉMICA  
Carolina Mayorga Rodríguez

DEP. SOCIOLOGÍA  
Patricia Rodríguez Santana

DEP. FILOSOFÍA  
Germán Meléndez Acuña

DEP. LENGUAS EXTRANJERAS  
Norma Chavarro Casas

DEP. LINGÜÍSTICA  
Constanza Moya Pardo

DEP. PSICOLOGÍA  
Juan Guerrero Guerrero

DEP. HISTORIA  
Roch Little Charles

DEP. ANTROPOLOGÍA  
Vicente Rodríguez Cuenca

DEP. TRABAJO SOCIAL  
Gloria Leal Leal

DEP. GEOGRAFÍA  
Jose Daniel Pabón Caicedo

DEP. LITERATURA  
Jorge Rojas Otálora

ESCUELA DE PSICOANÁLISIS Y CULTURA  
Pío Eduardo Sanmiguel Ardila

ESCUELA DE ESTUDIOS DE GÉNERO  
María Elvia Domínguez Blanco

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN EN EDUCACIÓN  
Genoveva Iriarte Esguerra

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES  
Myriam Jimeno Santoyo

Comité de Redacción  
Bernardo Correa  
Juan Guerrero  
Santiago Mutis  
Jorge Rojas  
Ciro Roldán

Corrección de textos  
Ricardo Rodríguez Morales

Diagramación  
Isabel Sandoval

Edición e ilustración  
Santiago Mutis

Asistencia  
Nicolás García

Agradecimientos  
Marta Combariza  
Javier Guerrero  
Gino Rubert  
Aleyda Muñoz

FOTOCOMPOSICIÓN, IMPRESIÓN  
Y ENCUADERNACIÓN  
UNIBIBLOS

DISTRIBUCIÓN  
SIGLO DEL HOMBRE EDITORES  
Carrera 32 No. 25-46  
Tels.: 3 37 94 60 - 3 37 77 00  
Bogotá

SUSCRIPCIÓN Y EVENTOS  
ARCCA  
Av. 22 No. 39A-64 Of. 101  
Tel.: 2 88 58 92  
Bogotá

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA  
RECTOR GENERAL  
Marco Palacios  
SECRETARIO GENERAL  
Ramón Fayad Nafah

VICERRECTOR DE SEDE  
Fernando Viviescas

DECANO DE CIENCIAS HUMANAS  
Carlos Miguel Ortiz

VICEDECANO DE CIENCIAS HUMANAS  
Ovidio Delgado

PUBLICACIONES  
Nadeyda Suárez

PALIMPSESTO  
Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas  
Edif. Sociología, Of. 230  
A. A. 14490 Bogotá D. C.  
Ciudad Universitaria

No basta con saber que la violencia es una experiencia intensamente humana y una relación intrincadamente social, ni saber que esa especial violencia llamada guerra es además una metodología política, para descifrar por qué en Colombia nos matamos más que en otros países –al menos es el reporte de la estadística simple– o para desentrañar el sentido, o los múltiples sentidos, que tiene entre nosotros provocar la muerte de otro, quién sabe a nombre de qué valores, de qué sueños, de qué codicias, o bien el sentido que tiene sufrir en carne propia el imperativo decreto de una muerte anunciada.

Tampoco sería sensato creer que los colombianos somos tan exclusivos al punto de no compartir con otras sociedades de hoy o del pasado los miedos, las osadías, los cálculos y las irracionalidades de la violencia.

Desde hace algo más de cuarenta años los colombianos hablamos cotidianamente de “la violencia” y en los últimos años hemos comenzado a hablar de “la guerra”, la mayoría de las veces como sinónimo o equivalente de “la violencia”. Sin embargo los dos vocablos se diferencian en el modo de utilizarse.

El de “la violencia”, que a menudo se escribe con mayúscula acentuando su carácter antropomorfo, personalizado y demiúrgico, se usa como un sustantivo abstracto que disuelve en él los sujetos concretos, esto es los actores, sean ellos actores sociales o actores empíricos colectivos o individuales.

El término de “la violencia” es en Colombia, indudablemente, un producto histórico del pacto de perdón y olvido, en otras palabras una estrategia de amnesia, firmado en 1957 por los dos partidos históricos ya cansados de la orgía de violencia que se había perpetrado bajo su égida. El pacto se propuso cortar la cadena de retaliaciones tomando inenarrables los autores, pero, visto en perspectiva histórica, creyó erróneamente que la cura se logra a través del olvido. Muy al contrario: del vacío, o mejor de la oscuridad de los fantasmas sepultados sin conjurar, continúa renaciendo la violencia con otras formas, con matices discursivos diferentes pero siempre con parecida morbosidad.

Ese renacer inacabado de prácticas y de organizaciones, simplificadas bajo el denominador de “la violencia”, unido a la evaporación de los sujetos reales en aras del sujeto mistificado, es lo que ha dado pie a ver “la violencia” como una fatalidad, como algo intemporal e inevitable, “una herencia sin testamento”, en palabras de René Char glosado por Hannah Arendt<sup>1</sup>, un eterno retorno de lo mismo, cíclico, como todas las cosas naturales lo eran para los antiguos griegos: una violencia que siempre ha estado ahí, que siempre lo estará.

En contraste con el anterior, el uso del otro término, “guerra”, se refiere más al presente, a sus actores –obviamente exaltados o estigmatizados según el ángulo de mirada– y no a un pasado fijo en la eternidad del sino como “La Violencia”. Detrás del término “guerra” asechan, si se quiere, otros peligros; en efecto, en su uso diario, alimentado por los medios, su evocación no invita ciertamente al olvido y a la conciencia fatal de victimización y martirio, sino que incita, de manera activa, a tomar partido: para ayudar a “ganar la guerra”. En nuestro país es frecuente la expresión “padecer la violencia” pero, en cambio, decimos a menudo “hacer la guerra”.

<sup>1</sup> Hannah Arendt, *La crisis de la cultura*, traducción francesa del original inglés por Patrick Lévy, Paris, Gallimard, 1996: prefacio, pág. 11.

En la historia universal, esta connotación de acción humana y de empresa humana que tiene la noción de “guerra” contrasta precisamente con la repetición cíclica del tiempo que atribuían los griegos a la naturaleza y a los aspectos “naturales” de los hombres (hoy diríamos, de las mujeres y de los hombres), nos recuerda también Hannah Arendt<sup>2</sup>. En Occidente el mito fundacional de la Historia como quehacer intelectual nació en Grecia con Herodoto, quien, a diferencia de los filósofos de la naturaleza y del cosmos que indagaban sobre los principios y las leyes universales, escribió sobre las singularidades, y la singularidad sobre la que escribió fue principalmente sobre las guerras: en su caso, las libradas entre los griegos y los medos.

Por algo se dice que la historia fue por mucho tiempo historia militar y diplomática, porque las singularidades de los pueblos que narraban y, a menudo, exaltaban sus historiadores, fueron las guerras o los pactos nacidos de las guerras. Las guerras, con todo el horror que ellas siempre comportan, pero sobre todo con los destellos de la victoria, idealizados obviamente después o mucho después de las guerras, fueron, en esos historiadores clásicos, el acontecimiento por excelencia, acontecimiento como singularidad opuesta a la cotidianidad, acontecimiento como tiempo propiamente histórico opuesto al tiempo repetitivo de la naturaleza, acontecimiento como ruptura, como “topos” diferente y diferenciador de la vida colectiva de un pueblo y de las vidas individuales.

Hoy como entonces, tendemos a reconocer una justeza o razonabilidad de la guerra desde el lado propio, cualquiera sea, pero nos resistimos visceralmente a reconocer la más mínima lógica en el campo contrario; lo cual parece, por lo demás, hacer parte universalmente de las guerras. Por esa dimensión ético-política del alinderamiento frente a la guerra, es tan álgido en Colombia el tema del reconocimiento del estatuto de “belligerente” a los guerrilleros, hasta el punto de bloquear cualquier conversación conducente a acuerdos humanitarios para la liberación de los secuestrados por la guerrilla.

Se suele creer que reconocer con realismo la dimensión bilateral de las guerras es, de suyo, ignorar cándidamente la posibilidad de que alguno de los bandos, o algunas veces los dos, estén involucrados en comportamientos o incluso en estrategias delincuenciales, tipificadas en los códigos de los países, o en crímenes de lesa humanidad violatorios del derecho internacional humanitario, como es el caso en Colombia de los paramilitares y de las guerrillas. Sí, las guerras siempre han estado mezcladas con delincuencia aunque no siempre en el mismo grado. Siempre han sido feas y grotescas en el momento mismo de su acción, aunque hayan sido sublimadas después por un “fabulador” –como llamaran a Herodoto griegos y romanos–, por un cantor épico o por un moderno historiador. Fueron feas y cruentas las guerras colombianas del siglo XIX como es la de hoy, pese a que los historiadores las denominen “guerras caballerescas” y no hemos sobrepasado aún, en la violencia o en la guerra actuales con toda su crueldad, las tasas de muerte de la de los Mil Días.

Cuando no se quiere reconocer la dimensión bilateral de las guerras, se inventan entonces los sujetos magnificados, sustitutos de los actores reales con sus historias complejas, sus intereses y, naturalmente, también sus perversiones. Así se han ido constru-

<sup>2</sup> *Ibid.*, “Histoire et Nature”, pág. 58-86.

yendo, en Occidente, esos grandes fantasmas que han permitido alimentar las guerras sin conocer al enemigo. Los “bárbaros”, para los griegos; “el maligno”, para la tradición judeocristiana; “los herejes”, para esta misma tradición en la Edad Media; el comunismo y el imperialismo, durante la Guerra Fría, según el bando; “las fuerzas del mal”, “el terrorismo”, en las guerras de Bush que también nutren política y discursivamente las domésticas nuestras, en buena parte por el eco que le hacen entre nosotros los medios.

Lógicamente es más fácil aglutinar la opinión pública norteamericana convocándola a derrotar a las fuerzas del mal y al terrorismo, que pedirle aval para invadir un país extranjero, inferior económica y técnicamente, con una cultura distinta milenaria y espiritualmente poderosa. Sin embargo el propio desconocimiento del enemigo real puede volverse contra las posibilidades de mantener los réditos de la guerra a largo plazo.

En nuestro país, invocar un enemigo metafísico puede ganar partidarios de la guerra. Para muchos colombianos no es claro el límite entre apoyar una guerra contra el terrorismo y construir una democracia hacia la paz futura y ojalá perpetua –parafraseando a Kant–, obviamente protegiéndola de los maquinadores de guerras.

A ello contribuyen los reales actores violentos. Muchos en Colombia, exasperados por unos actores armados que no parecen ser capaces de representar a ningún sector de la sociedad ni de expresar la voluntad ni la opinión política de ningún actor colectivo, dicen irresponsablemente que quieren la guerra como si una guerra no involucrara siempre a dos bandos, como si existieran guerras sin violencia o guerras decentes sin violaciones y matanzas. No faltan, claro, aunque sean los menos, quienes, desde la ribera opuesta, corean, mórbida o cándidamente, videntes a unas huestes que son mezcla de insurgencia y de sórdidos negocios de tráfico internacional de psicoactivos. Pero, en el momento actual, es más común ver colombianos que, al comienzo imperceptiblemente, poco a poco de manera más militante, se han ido alineando a favor de la guerra en contra de los insurgentes: a veces incluso al lado de presuntos defensores irregulares del establecimiento como las “Autodefensas”, más frecuentemente azuzando en pro de la guerra a las propias fuerzas regulares con quienes, con menos embrollo, puede identificarse un “colombiano ordinario” que desea ver puesta en acción una guerra.

Este enfoque de solución del problema de la violencia, que podemos llamar militarista, no es un asunto sólo de los militares aunque también es de ellos. Le incumbe, igualmente, al sector civil del Estado y especialmente al gobierno y le incumbe al conjunto de la sociedad y a cada uno de sus miembros.

Sucede que esta sociedad, a lo largo de más de cincuenta años, especialmente en las zonas rurales, ha fraguado su cotidianidad en medio de actores armados; como civiles han logrado sobrevivir pero muy pocas veces expresarse autónomamente en medio de los juegos de poder armado en los que están inmersos. Han sido sociedades locales militarizadas, instrumentalizadas por los actores armados de uno u otro pelaje, impedidas para ser ellas mismas.

Es una militarización, obviamente, distinta a la militarización en sentido clásico, por ejemplo la que vivieron en décadas pasadas los países del Cono Sur, implantada en el marco del consabido monopolio de la fuerza por parte del Estado convencional centralizado<sup>3</sup>, modelo nada fácil de trasladar a un país históricamente con tantos poderes fácticos como el nuestro.

Cuando, desde el centro, el Estado ha pretendido intervenir en esas zonas llamadas rojas o de candela, a través del Ejército, éste, atrapado en el piélagos de la disputa de poderes armados en torno a territorios y poblaciones locales, resulta convertido en un actor

armado más, expuesto a los mismos comportamientos de las otras fuerzas, incluidas las violaciones de los derechos humanos, y, en vez de liberar del yugo a las sociedades locales, ha reforzado más bien su militarización.

Una figura jurídica que encarna más típicamente ese modo estatal de intervención ha sido la llamada Jefatura Civil y Militar, en la cual las autoridades militares reciben atribuciones de mando sobre la autoridad civil en una determinada circunscripción. En el siglo pasado fueron decretadas seis: la de la provincia de Santa Marta en 1928, responsable de la matanza de las bananeras, la de los Llanos Orientales en 1951, la del Quindío en 1957, la de Barrancabermeja en 1963, la del litoral Pacífico en 1979 y la del Urabá antioqueño en 1988.

El resultado de tales experiencias fue que ni se apaciguaron esas zonas durante el tiempo de vigencia de la medida ni se derrotó al movimiento social en 1928 ni a la guerrilla en los otros casos ni se avanzó un grado en civilidad, antes bien, se incrementó el recurso al arreglo de cuentas por medio de los grupos armados de uno y otro signo.

Las estadísticas de homicidio y de violaciones de derechos humanos en Urabá durante los dos años que duró la Jefatura Civil y Militar, de 1988 a 1990, que fueron también los años de las más sonadas masacres en aquella región, son dicientes del fracaso del gobierno creándola, si lo que se propuso fue, como reza en la parte resolutive del decreto, reducir la violencia.

Nada hace pensar que las Zonas de Rehabilitación creadas en septiembre de 2002 vayan a tener mejor suerte. Por razones históricas, y no meramente coyunturales, es muy probable que se repita el fracaso de las Jefaturas Civiles y Militares y que las actuales pretensiones de recobrar el orden público por esta vía, corran el mismo riesgo de aumentar la violencia al calor, ahora, de una “cruzada de guerra”, sin recuperar la autodeterminación de las poblaciones implicadas ni lo que, como se dice buscar, sería una seguridad democrática.

La Universidad, como conciencia crítica de la sociedad, debe examinar estos problemas; la Facultad de Ciencias Humanas, desde sus distintas disciplinas, puede contribuir, con modestia pero con voluntad, a su esclarecimiento, en una sociedad en la cual la única interpretación de los hechos que circula es la elaborada diariamente por los medios, sobre la marcha de los acontecimientos.

Esta es la razón por la cual la revista de la Facultad, *Palimpsesto*, se ha propuesto dedicar su número 3 al tema Violencia, Guerra y Militarismo, convocando a profesores investigadores de diversas Unidades de la Facultad y de otras facultades, institutos y universidades, a exponer sus análisis, elaborados desde diversos saberes, a menudo entrecruzados, textos que comparten, además, el espacio de la revista con juegos de formas poéticas, literarias e icónicas inspiradas también en las tramas y suspensos de la violencia y de la guerra.

Aunque la producción bibliográfica en el país sea relativamente abundante sobre estos temas, basta oír los programas radiales de auscultamiento de opinión para percibir cuán necesitados estamos de interpretaciones más juiciosas, de estudios más cuidadosos que den cuenta, en su complejidad, de la lógica de los distintos actores, más allá de los afectos hacia unos u otros, de las simpatías en pro de la guerra o en pro de la paz. No hay duda de que los escritos recogidos en este número hacen parte de esos análisis cuidadosos que estamos reclamando.

Ahora corresponde la palabra a ustedes, lectores. Auguremos que el diálogo iniciado con estos textos, fluya y permita conocer mejor quiénes somos y qué nos es dado todavía construir y esperar, contra toda esperanza.

Carlos Miguel Ortiz S.  
Decano Facultad de Ciencias Humanas

<sup>3</sup> Cfr. Norbert Elias, *La dynamique de l'Occident*, traducción francesa del original alemán por Pierre Kamnitzer, Paris, Ed. Calmann-Lévy, 1975; capítulo I: “La ley del monopolio”.